

Memorias y Cantares del Colegio Secundario



Detalle de la fachada actual del Colegio

A Cincuenta años de Egresados del
Liceo Agrícola y Enológico Domingo F. Sarmiento

MEMORIAS y CANTARES DEL COLEGIO SECUNDARIO

I

Lo que voy a contar aquí no es nada excepcional; pero para nosotros lo es. Entre relatos y cantos (algunos propios, otros “hurtados”) se traza esta huella que empiezo a caminar con la forma del relato.

Estábamos cerrando el año 2017: un grupo de amigos se reunía ante una mesa con buena comida y mejor vino. Manuel A. me sugiere sacudir el polvo del camino acumulado en “cincuenta y tantos años y ponerlos aquí por escrito.

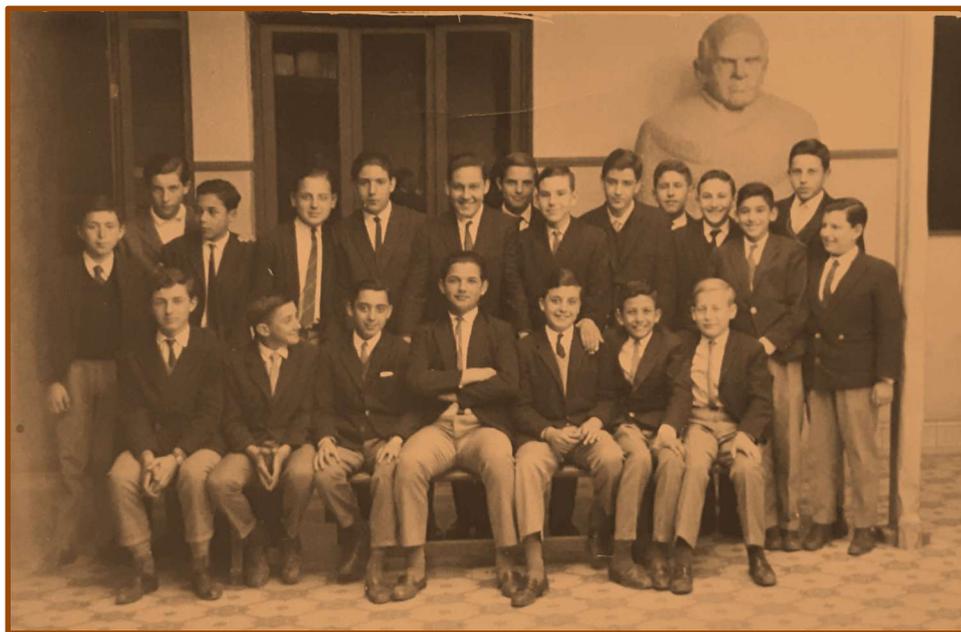
Todo esto se inició en 1963, en el viejo edificio de la calle J. B. Alberdi (entre O'Brien y Uruguay) de Guaymallén de Mendoza, Argentina. Ciento veinte alumnos habían conseguido ingresar al colegio secundario, el “Liceo Agrícola”, para ser distribuidos en cinco cursos del primer año del secundario, con el objetivo de ser formados como bachilleres y agricultores enólogos. Este tramo de nuestra historia debía terminar en diciembre de 1968; en teoría, en el utópico caso en que todos estos chiquillos egresaran en tiempo y forma con el diploma habilitante.

Inútil es decir que en el trayecto de los seis años, unos fueron dejando, otros vinieron de diferentes colegios; algunos se cambiaron a otras instituciones, etc. En el consabido desarrollo de la vida, con sus idas y vueltas, vicisitudes, contrariedades, imprevistos, etc., etc., la conformación, el número y las personalidades de los jóvenes de este grupo, fueron presas de los cambios a los que obliga el tránsito por los caminos de la vida.

Al comenzar el año 1964, en una de las divisiones de segundo año, aparecieron dos nuevos nombres: Eric G. y Jorge C. Algo semejante ocurría en las demás divisiones en los que se habían distribuido aquellos ciento veinte ingresantes.

Tampoco es útil, al narrar este tipo de historias, entrar en los detalles consabidos que hacen de la época del colegio secundario una de las partes más hermosas de la vida de una persona. Por eso no entrarán en estas páginas los comunes denominadores que están inmersos en el alumnado de la gran mayoría de las entidades de nivel medio: esconderse en los baños para fumar; hacerse la rata; arrojar tizazos, y otras cuestiones parecidas.

Nos vemos –ahora menos jóvenes- sin el estricto uniforme: saco azul, pantalón gris, camisa blanca, corbata azul y zapatos negros, los varones; delantal blanco y cabello recogido, zapatos color negro de tacones bajos, las mujeres.



El grupo de 1° 2ª, año 1963

Hoy vestimos el uniforme de “jubilado”.

Decía que es trivial comentar hechos comunes, aun cuando al cabo de los años estas menudencias siguen flotando en las reuniones de los que se congregan a disputarle al tiempo esa manía que tiene de ir hacia delante,.... Y el poeta juntaba caminos y tiempos al cantar:

*“Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

Y nuestro andar pisó el tiempo cual las agujas de reloj en la ruta del cuadrante.

Así osamos pedirle a ese tiempo que regresase, que nos permitiera revertirlo – cual si desanduviéramos aquel camino de Machado- para volver a pisarlo e invitarlo a sentarse a compartir con nosotros; para conversar (con él y de él), en medio de una atmósfera de risas, comida y alcohol: ese alcohol que en la carrera de Enología nos costaba comprender desde las clases de Química, y entre los vapores típicos del laboratorio (modesto cuchitril, amado ahora por todos merced a la memoria) en el que aprendíamos a espíarle al vino sus cualidades: todas, excepto la «curda». Porque la curda es un efecto, no una propiedad de la bebida más antigua después del agua...

De aquí que me importe contar –ya que tanto he mencionado al “tiempo”- lo que el tiempo y los hombres de ese grupo fuimos caminando y modelando, luego de esa especie de “diáspora” que produce el egreso del colegio, y que es tan necesaria como obligatoria. Desde luego, de pasada, podré recordar algunas cuestiones más bien anecdóticas, y otras de tono más notable.

Es que:

*“Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos, caminos sobre el mar.”*



El grupo de 2° 2ª, año 1964 (Aporte de José Luis G.)

II

Los encargados de nosotros, además de los Profesores, los Preceptores.

Las tardecitas de Mendoza, tienen ese qué sé yo... ¿Viste? Y... sí; cómo no recordar que los dos primeros años del Liceo se cursaban en turno tarde, de 14:30 a 18:30; de lunes a sábados. Entre marzo y abril el sol estaba pleno a la hora de entrada pero, al salir de clases, la tarde iba languideciendo aunque la luz era todavía suficiente. Suficiente, digo, para los que nos íbamos por la callecita Emilio Civit de San José (continuación de la Entre Ríos de ciudad); una sola cuadra, de tierra, que nacía frente al mismo Liceo y terminaba en el canal zanjón Cacique Guaymallén. De allí, virábamos hacia el sur, por el costadito, margen derecha del canal, buscando insectos para los trabajos prácticos de Zoología y... claro está, si era todo tierra y piedras, ¡cómo no iba a haber algún impacto de esos «aerolitos» en la cabeza de alguno que iba caminando a distancia de tiro!

El primer lesionado fue el mellizo Enrique F. que fue asistido en la farmacia Argentina que estaba en la esquina de Federico Moreno y Buenos Aires. Al día siguiente, Enrique apareció con un punto de sutura cerca de la ceja derecha. Quiso la suerte que el pedrusco no le diera en el ojo por tan sólo dos centímetros. Estas cosas se conocen como «desgracia con suerte»... Siempre me he preguntado si las desgracias pueden contener algo de suerte, o la desdicha es simplemente una negación de la fortuna. En fin...

Más entrados en el invierno, llegábamos a casa cuando estaba anocheciendo; las clases de Geografía del final de los martes, con la Sra. Yanzón de Gil se nos hacían interminables, mirábamos la hora a cada minuto. Diferente era el caso de las clases de Latín con la Profesora Bracelis, para nosotros "la Bracelis": bravísima... No había espacio para pensar en la hora.

Cursar el segundo año en el turno tarde fue sentirnos los primeros «veteranos» respecto de los «pibes» de primero. A tercero, cuarto y quinto años se concurría por las mañanas y los de sexto, doble turno; es decir que los de 1°, 2° y 6° compartíamos las tardes. Pero, entre segundo y sexto había un abismo: admirábamos a los más

grandes, pues éstos -con los de quinto- conformaban los seleccionados de fútbol, rugby y básquetbol del Liceo.

La figura de los preceptores era crucial: nos tomaban lista, nos hacían formar en filas, al entrar al aula, al comienzo de la jornada y al final de cada recreo. Ése era el momento para escuchar a la “Negra” Domínguez decir: “Bien parado alumnos” (la discordancia en número entre «parado» y «alumnos» era de ella, por eso la escribo así). Domínguez, un tal Oriolani, Féquete¹, el pelado Lucas (nunca supimos su apellido), ex jugador de fútbol de Estudiantes de la Plata, y dueño del quiosquito de panchos, sándwiches y gaseosas que funcionaba bajo el triángulo de la escalera que conducía a la terraza por el segundo patio (prohibido subir). Éstos eran los preceptores más conocidos, y no debemos olvidar a Torquemada y Cortopassi (eterno estudiante de ingeniería que nos ayudaba en matemáticas), ni a Serafín García. Al momento de formar las filas, nos revisaban el uniforme, el largo del cabello, que la fila estuviese recta, y había que “tomar distancia”. Adelante, las chicas, siempre en franca minoría: tres o cuatro por cada curso de veinticinco. Atrás, el malón...

La función principal del preceptor era controlar la disciplina, regando amonestaciones cuando aparecía algún motivo. En esos años se colocaban tres amonestaciones por una falta menor, cinco era la condena más común; ocho o diez se ponían por alguna falta “destacable”, y si eran quince, bueno amigo, eso era tener un pie en el zanjón y el otro en un jabón, porque el máximo era veinte amonestaciones y uno se quedaba libre. Quedarse libre por cuestiones de conducta era un hecho prácticamente irreversible. Recuerdo que en tercer año, se quedó libre Enrique R. “el Quique”.

De los preceptores se tejían historias, generalmente surgidas de fabulaciones o apreciaciones, más mal que bien fundadas. “Que Cortopassi era alto, flaco y desgarrado a medio definir”; “que la Negra Domínguez y Oriolani se entendían bien... y así. El profesor de Dibujo, Trasobares, era asimilado con algunos modales similares a los de Cortopassi. Pero todo eso era cuestión de “folclore”, semejante a las leyendas, épocas juveniles con la sola idea de divertirnos, nada más.

¹ Tengo la impresión de que el apellido de este hombre era de origen francés y bien puede haber sido «Féquette»; debía pronunciarse «Fequét». El acento agudo del francés habilita a la “e” para ser pronunciada, de lo contrario, es muda o cerrada. Pero esa “é” de Féquette, no debe llevar carga de acentuación. Supongo que la lectura fría de Féquette, desembocó en decir “Féquete”; así lo escuchamos, así lo dijimos.

También nos acordamos de un señor mayor de apellido Chaca, encargado de las taxidermias, nunca supe para qué cuernos estaban esos bichos embalsamados; no los usábamos en las clases. Aparte de Don Chaca, lo único que salía del sucucho de los animales momificados, era el esqueleto humano que se exponía como “starring” en las clases de Anatomía; alguien lo “bautizó” Fermín. Y Fermín aparecía casi siempre con una tiza larga entre los dientes, como si fuese un fumador... Vaya uno a saber de quién habrá sido el esqueleto, y por dónde andará Fermín...

Como las chicas eran muy poco numerosas, compartían el baño de los profesores que estaba ubicado en el costado sur del primer patio. Un día me habían mandado “en cana” a la regencia, para solicitar un platito de cinco amonestaciones. Creo que era la primera vez que salía a buscar esa oficina o vaya a saber por qué, la cosa fue que –por desconocimiento- abrí la puerta de ese baño y encontré a don Chaca sentado en el «trono». ¡¡Qué vergüenza!! Cerré de inmediato pidiendo perdón (como corresponde en esos casos) y me fui rogando que no se me duplicaran las cinco amonestaciones al llegar a la regencia. Uf. Cuando me pusieron tan sólo esas cinco, estaba contento...

No dejamos de mencionar al “Sapo” Riquelme, a Leonor Lilloy y a la dulcísima Norma González, la preceptora de primero-tercera. Más cerca del final, aparecieron dos figuras notorias entre los preceptores: el “Suncho” Gotelli («suncho» porque él era militar y lo habíamos tenido en segundo, como profesor de Educación Física en las dependencias del Liceo Militar Gral. Espejo) y el Sr. Gatica, quien era el padre de un destacado estudiante que, luego de hacer el quinto año libre, egresó con la cohorte de nosotros en 1968. El jefe de los preceptores era de apellido Manino: gesto adusto, bigote notable y un porte que irradiaba respeto (o cagazo, para que se entienda mejor).

III

El primer golpe duro.

Entre nuestras compañeras, la Muñeca Azar (Gladys del Valle): una belleza, cien candidatas... Al comenzar el cuarto año, el primero o el segundo día de clase, nos dieron la infausta noticia: la Muñeca acababa de irse para siempre. Todos fuimos a despedirla. Su casa estaba en Godoy Cruz, cerca del club YPF, frente a las vías del tren. Su rostro que siempre había mostrado una constante palidez, no lo había sido por simple blancura: se trataba de una leucemia que nos la sustrajo finalmente. Pero quiero dejar dicho aquí, sin exagerar, que es el día de hoy y seguirá corriendo el tiempo, mas no dejamos de contarla entre nosotros. Tanto la queríamos..., y podemos asegurar que adoramos su memoria. Te queremos "Muñe"!

(Tuvimos luego el golpe de Eduardito "Teddy" K., pocos días antes de egresar del Liceo, y varios otros queridos amigos partieron de este mundo después de culminar el cursado del Liceo. Pero no deseo traer aquí esos merecidos homenajes; temo caer en omisiones por desconocimiento. Por respeto a sus memorias, hacemos este acto de reminiscencia al cumplir los cincuenta años de egresados.)

***"Caminante no hay camino
sino estelas en el mar..."***

En el cuarto año, se agregaron tres mujeres: Vivian W., Lidia M. y Lila Q. También hicieron su aparición varios varones: "El Miseria" M., el "Mono" M., el "Champa" H., el "Indio" J., el "Grillito" P., otro muchacho de apellido Dragani (el Gordo), y un rubio grandote de apellido Pica. También llegaba Jorge G., luego farmacéutico, afincado hoy en su farmacia de calle Córdoba esquina San Martín. Éramos muchos en ese cuarto año. El aula daba a la calle Alberdi; tenía un portón; una suerte de garaje en el que se guardaba una motocarga.

Las clases de Historia contaban con una excelencia de profesora, la Sra. de Formento. Pero la disciplina,..., ¡por favor! En unas de esas clases, hasta prendimos fuego unos diarios. Pobre profe, lo que la hicimos sufrir.

Diferentes eran las clases de Geografía con la profesora: Nelly A. Gray de Cerdán: todos enamorados, nadie alteraba la paz del estudio.

A pesar de las dimensiones generosas de esa aula, no bastaban ni el espacio ni los bancos. El “Langosta” Horacio M., usaba un banco móvil, color verde, de ésos en los que el apoya-brazo derecho se ensancha hacia delante sirviendo de pupitre. Langosta, como tal, tenía piernas largas y aprovechaba esas longitudes para deambular con el banco verde por los pasillos del aula mientras el docente estaba de espaldas. El resultado era que cada vez que el profesor daba el frente al curso, encontraba a Langostón en cualquier lugar menos en el que había estado antes!!



Creo que aquí estamos todos

IV

Los Profesores:

*“Scire autem ubi aliquid invenire
possis, est summa scientia”.*

*(Saber dónde se puede encontrar cualquier
cosa, es la máxima parte del conocimiento).*

La enumeración de la gran cantidad de profesores que nos ayudaron y transmitieron sus enriquecedoras experiencias de vida, para ser cada día menos ignorantes de las cosas; los que nos indicaron el camino del saber y muchas veces de la formación moral, complementando la que nos daban nuestros padres en casa, sería muy larga. Por esa razón he de detenerme en la mención de los nombres que -entendiendo- fueron más eminentes, o porque ocupan un destacado sitio en nuestra memoria más colectiva que individual.

También hay que saber que como en cada curso había profesores comunes y no comunes con los otros, seguramente caería en omisiones inevitables. Por ejemplo: en el curso de 4° 2ª no tuvimos al profesor de Química “Pinchafoco” Rey, pero éste era tan carismático que no podría quedar fuera del relato.

Un destacado fue Don Ernesto Palacio, el profe de Química Inorgánica.

¿Quién de los varones no habrá estado enamorado de Mabel “La Pochita” Deshays (Castellano, Literatura) o de la temible pero a la vez monumental Fanny Sala (Química A. Cuantitativa) o de Nidia Magnelli de Pérez (Latín I)?

Así, citando sin orden cronológico pero sí por imperio del imposible olvido, continúo con el Dr. Mario Ortiz Gobantes (Anatomía), Gregorio Lombardo (Historia), Héctor Mathey (Botánica II –padre de nuestro compañero, de igual nombre)- el impecable Ing. Almela Pons (Zoología I), el “Loco” Pott (Educación Democrática II); mademoiselle Matilde de la Rosa (Francés II), Mrs. Burd y Mr. Martin (Inglés).

Supieron ser docentes, aunque no lo fueron en nuestras aulas, el imponente Director, Ing. Osvaldo F. Moyano Figueroa y el vice, el Prof. Jorge O. Milone, un personaje, que tendrá párrafo aparte. Era el rector un hombre bajito y fanático del

tenis, Eduardo Pantín, apodado “la bala que rebota”, PAN.... TÍN.... El inefable y recordado Prof. Toscano (Química Orgánica), los hermanos Crimi, el pintoresco Jorge San Millán Almagro (Mecánica Agrícola), el “gordo” Portnoy (Sanidad Vegetal)...., y en estos puntos suspensivos van todos los demás educadores que no vienen ahora abrazados a mis neuronas, pero entiendo sin dudar, que todos esos profesores, en mayor o menor medida, por diferentes valores, por sus particularidades, como quieran mirarlos a la distancia del recuerdo, rompieron sus moldes, para dar de sí mismos lo mejor para nosotros.

Recíprocamente, declaro aquí, con el permiso de todos, en nombre de todos, que hemos tratado de ratificar en los hechos de nuestras vivencias, de la mejor manera que hemos podido, la excelencia que esos “maestros” pusieron a nuestro alcance; esa excelencia de ellos, que no habrá sido “perfección”, obviamente, como tampoco puede haber sido exacta nuestra traducción de aquélla, pero que en la intención y con los medios propios, juntos a nuestras limitaciones humanas, les hemos rendido el más sentido homenaje y asignado nuestra más esencial consideración. ¡Gracias profes!

***Y... golpe a golpe, verso a verso,
se hizo camino al andar.***

Algunas anécdotas dignas de mención

- Las clases de Educación Física (1° y 2° años) en las frías mañanas en el club YPF, con el profesor Degen. Un perfume a hojas secas quemadas, en los días otoñales de 1963-1964; los rodeos al trote por la cancha de fútbol (la de césped), luego los partidos a la pelota (en la de tierra)...
- Los muñequitos que colgábamos del techo, adheridos con papel mojado, simulando pequeños ahorcados, se mecían con el aire graciosamente.
- No hubo temblores (al menos que yo recuerde); época de calma sísmica. Curioso, ¿verdad?
- Clase de Francés con Madame Guiñazú y mademioselle M. de la Rosa. Cierta vez, esta última nos ofreció traducir nuestros nombres; ya habían dado varios “Eduardos”, así que yo –conociendo las reacciones de la inefable profesora– decidí actuar, tan sólo por ganar una apuesta por un sándwich: «*no profesora mi nombre me da vergüenza, todos se van a reír*».

-*"Nadie debe reírse del nombre de un compañero"*, fue la respuesta que yo esperaba.

-Me llamo Cleto. (Risas). *¿Vio que se iban a reír?*

Luego del sermón pertinente a los risueños, anotó el "Cleto" en su libreta y me dijo que desconocía la traducción, y que la próxima clase me la traería. Luego aparecieron Isidoros, Sinforosos, etc.

1967 Quinto Año

- En un recreo Manolo A. se dirige al profesor Rey con un peine de color amarillo fuerte, desmesuradamente grande, unos 40 cm de largo por ocho de alto. El profesor Rey era esbelto, delgado, cabello ralo en una cabeza pequeña, razón por la cual le decíamos "Pinchafoco". Manolo A. le dice, ofreciéndole el peine: «profesor, ¡está despeinado!». Risas de todos los alumnos que seguían al binomio Manolo-Rey por el patio de atrás, cual cola de cometa. Pinchafoco lo tomó a Manolo A. del hombro y le dijo: venga, venga, venga. Y se lo llevó ante Manino, para que éste lo sancionara. No conocemos qué se dijo dentro de la preceptoría, pero notamos cierta e innegable tentación de risa en las mismas autoridades. Manolo la sacó gratis.

- **Cantinflas**

Por el año 1967 apareció en nuestra fila Miguel Ángel F. Tenía cualidades de artista de teatro e imitaba al famoso Cantinflas que engendrara y popularizara el genial actor mexicano Mario Moreno. Miguel lo duplicaba a la perfección; nos desternillábamos de la risa. Nuestro Cantinflas actuaba especialmente en las fiestas de fin de curso, junto a otros alumnos que conformábamos conjuntos folclóricos y otras aficiones que servían para mostrar que además de estudiar, el Colegio estimulaba estas sanas inclinaciones.

La profesora de Lógica, María Ester Reta, en las postrimerías de ese memorable año, tomaba lección a los que "necesitaban nota" y, acto seguido, a puertas cerradas, Miguel Ángel F. copaba la escena con sus caracterizaciones del popular humorista: el inefable Cantinflas, con una retahíla de cuentos y otras comicidades; asunto inusual en esos años en los que la formalidad era cuestión prioritaria. No podremos olvidar esos momentos. Gracias María Ester, gracias Miguel Ángel (otro de los que se fueron temprano)...

El “Pajarito” Milone

- El profesor Jorge O. Milone era conocido desde antaño con el mote de “Pajarito”, su rostro lo delataba, digamos que el sobrenombre le calzaba bien. Fue un gran profesor de Química.

Pajarito Milone era sumamente perspicaz y muy estricto. Su costumbre era agregar su parte a una sanción solicitada, v. gr.: *“Ah, usted viene a que le pongamos tres amonestaciones, siéntese, póngase cómodo, yo le voy a poner dos amonestaciones más, ¿eh?, cinco en total, así se acuerda que debe comportarse mejor”*... Y te encajaba cinco, el muy gracioso.

Le temíamos... Pero el Pajarito, tenía algunos chispazos que disimulaban esas arbitrariedades; al menos lo hacían un poco “querible”.

- En los recreos, el baño de varones “bostezaba” humo de cigarrillos cual si adentro estuviesen haciendo un asado. Uno de los muchachos hacía de “campana” en la puerta. En eso venía llegando Pajarito; el campana, tardíamente entró para avisar, sin advertir que el famoso profesor Milone ya estaba a sus espaldas

-Apaguen los puchos que viene el Pajarito –dijo el “Campana”.

Y ya -dentro de la “sala de fumadores”- luego de darle un toquecito en el hombro, nuestro hombre le dijo:

- Escúcheme, jovencito, ¿alguna vez usted me ha visto volar?

Creo que el humo fue tragado instantáneamente, por los habitantes del baño. El “campana” no sufrió ninguna sanción. Le bastó la cercanía del infarto.

- Otra de Pajarito: En quinto y en sexto año nos considerábamos con derecho a hacer de todo sin que nos reprendieran, salvo que fuese algo muy extremo. Alguien había dibujado en el pizarrón una cruz vacía con la consabida inscripción INRI. Entre la pizarra y la pared, habían insertado unas ramas de olivo. El curso, ese día, había mostrado algunas indisciplinas dignas de –por lo menos- un reto.

Pajarito llegó, nos sermoneó, se dio vuelta y vio la cruz con INRI, sin Cristo, y nos dijo: *¡Cómo será de indisciplinado este curso, que hasta Jesucristo se ha ido!* Y, dicho esto, dio media vuelta y se fue. Quedamos asombrados pues habíamos temido lo peor...

Las visitas a la Escuela Técnica Miguel Amado Pouget: situada en el distrito El Bermejo, Guaymallén.



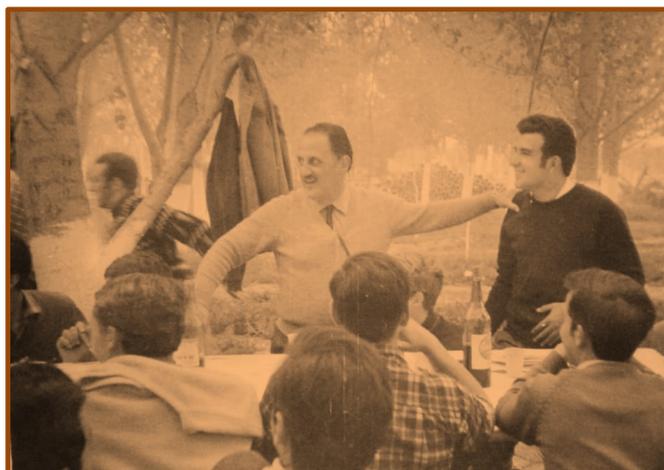
Era toda una diversión ir a hacer prácticas de poda de vid y frutales a la escuela “hermana” o para el tradicional pic-nic anual en cada octubre. Al podar se seccionaban alambres junto con los sarmientos, que por ese pequeño detalle, resultaban un tanto duros de cortar (verdad, Daniel K.?).

El Clásico del Fútbol intercolegial: Liceo Agrícola vs. Pouget era infaltable. Recuerdo que ese año empatamos 2 a 2.



El grupo de 6° 1ª con el Ing. Berman en la Escuela Pouget

Tantas otras anécdotas, mejor decir innumerables, surgen en las reuniones (reales y virtuales) que mantenemos hoy, cuya redacción llevaría una eternidad: seis años con ciento y tantos alumnos, cada uno con sus vivencias; un mismo hecho con cientos de interpretaciones a lo largo de más de un lustro, es una larga cuenta de cuentos imposible de recopilar y de volcar en estas páginas. Pero que las hubo, las hubo...



Con el querido Ing. Jorge San Millán Almagro .

V

Los apodos, motes, alias. . .

Rara sería esta historia si no constasen aquí los sobrenombres más arraigados, los alias.

Buscando en la web, descubro que 'alias' viene del latín: alias = otro nombre. Y no podían faltar; sin más preámbulos, vamos directamente a ellos.

Tamba: Juan Manuel A.; Muñeca: Gladys A.; El Tío: Horacio B.; Jovito: Carlos B. O.; El Cura: Antonio B.; Caña: Roberto B.; El Sordo: Jorge B.; Caballo: Eduardo E.; Cantinflas: Miguel Ángel F.; Pailón: Roberto 'Bobé' F.; otro Pailón: Carlos F.; Orejón: Juan Carlos G.; El Gringo: Eric G.; El Negro: José Luis G.; El Ramón: Raúl Ramón J. (no es un alias, pero lo tomábamos así para llevarle la contra a Raúl J.); Oso: Pedro M.; Toto: Alberto M.; Langostón: Horacio M.; Enano: Marcos N.; Champán: Alejandro N.; Conejo: José Luis P. Cabezón: Roberto P.; Abuelo: Francisco P.; Chichy: Ester P.; Cacique: Roque P.; La Vieja: Fernando R.; otro Cabezón o Cachalote: Raúl R.; Changuitus: Daniel S.; Cacho: Eduardo Salv.; Fiambrín: Eduardo Sci.; Califa: Eduardo Serd.; Marsopa: Carlos S.; Martillo: José 'Pepe' V.; El Gordo: Jorge Ernesto U.; Pescado: Juan. D.; Chicote: Ernesto P.; Gusano: Arturo S.



Dos amigazos: "El Gringo" y "Caco" (Valle Grande)

VI

La Farándula Estudiantil de 1967

Durante el cursado del quinto año, la opinión pública mendocina fue conmovida fuertemente por un caso de adulteración de vino. Llegado el 21 de setiembre, se realizaba la clásica “farándula de los estudiantes”. Nuestra idea se fue armando sobre la marcha: el “Abuelo” Francisco (Pancho) P. guardaba en un terreno de San José, unos carretones rojos, antiguos vehículos de reparto de soda, los típicos tirados por caballos “percherones”. Los carros estaban en buen estado de conservación, y contábamos con que serían remolcados por tractores provistos por los organizadores de la fiesta. Para el desfile de la noche del 21, no teníamos ninguna preconcepción de la idea a transmitir como mensaje. Alguien soltó la propuesta de aludir al asunto de la adulteración que tanto ruido había generado.

Manos a la obra: tomamos dos carros; Roberto “Caña” B. sería la reina, e iría en su trono. Éste fue un gigantesco inodoro que encontramos en el mismo terreno donde las carretelas. La reina iría en malla, como debe ser, y detrás de su cabeza, bien en alto, su nombre: «Ana Fanado». La alusión era bien directa. Así, en el primer carretón iba “Caña” con su malla sobre su metro noventa de estatura –hacía frío esa noche. Detrás, en la planchada del mismo carro, tres barriles: uno al medio y a un nivel más bajo que los otros dos; conectados por dos manguerotes que salían de los superiores e iban a desembocar en el inferior. Los que iban en la cota más alta, uno tenía por rótulo “AGUA” y el segundo, “COLORANTE”; el de abajo –el receptor- recibía el trasiego de los anteriores, y en él se leía “VINO”, cerrando la fórmula: agua + colorante = vino. Se sumaban algunos compañeros disfrazados de falsos laboratoristas. La escena no dejaba dudas.

En el segundo carromato, anclado al primero, se armó un parral y un asado de verdad, con las brasas sobre unas chapas, en resguardo de la madera con que estaba construido el carricoche. En las botellas, vino de verdad, y mucho. Unos guitarreros, otros que iban caminando a la par de los rodados, que hacían de abogados defensores, y otros dos de inspectores.

El asado y el vino anduvieron bien para los que estaban cerca del segundo carro, pero a la “reina” no le llegó ni un solo hueso, pero sí el vino.

Dije que el aire del 21 de setiembre por la noche estaba frío; “Caña”, forrado en la malla de mujer, con colores blanco, gris y negro [ver foto], trataba de aplacar los tiritones ingiriendo el líquido elemento, básicamente tinto. Al finalizar el desfile, la reina se derrumbó sobre su propio trono, vale decir, *abdicó*. Tenía una curda sobrehumana, merecedora de figurar entre los Guines. Estaba helado, mojado por sí mismo (para que se entienda: todo el producto completo de su abnegada descompostura). Todo un héroe sacrificado por resistir la farándula. Y bien que lo hizo. Lo abrigamos con un guardapolvo, exiguo en talle para él. Caña se afirmaba al caminar en Marquitos N. y en mí, que éramos de los más bajitos del curso y oficiábamos casi de muletas. Nosotros, los improvisados soportes, no estábamos del todo sobrios tampoco; hay que decir la verdad.

Así llegamos con nuestra esbelta reina hasta San José a la casa de Raúl V., presentando una escena lastimosa: digna de recibir compasión por parte de alguien que nos viese así, sin conocer esta historia. Hay que decir que Caña vivía en Chacras de Coria y, como es lógico, no se hallaba en condiciones de viajar hasta su casa, ..., no sabía ni su nombre, pobre reina!!

La mamá de Raúl V. le ofreció una cama, previa provisión de ropa seca, una bolsa de agua caliente y ¡a dormir hasta mañana!

Como todo infortunio esconde alguna ventaja, obtuvimos el segundo premio en categoría *jocosos*, y la reprobación de los adulteradores y otros enólogos que hicieron espíritu de cuerpo defendiendo lo apócrifo. Hay verdades que hacen doler... Pero la vida es así.



Farándula Estudiantil 1967

El rey “Caña”, representando a la reina de los Enólogos, junto a Alejandro O. Se observa el detalle del trono/inodoro.

VII

A partir de diciembre de 1968

Después de la cena de egresados –muy comúnmente- sobreviene una suerte de explosión en la que –como en el Big-Bang- cada quien encara la vida por caminos tan



diferentes como uno pueda imaginarse. Sin embargo, en el acotado mundo de “ofertas de futuro” que había en ese entonces, un número importante de amigos (ya nos llamábamos amigos, claro está), se

reencuentró en los estudios superiores de las Ciencias

Despidiendo el Secundario en el rastrojero de Aldo V.

Agrarias, por razones de afinidad con el diploma obtenido en el Liceo Agrícola y Enológico Domingo Faustino Sarmiento, cual era el nombre de la querida Institución que nos dio la formación de base que hoy nos mantiene orgullosos. Otros optaron por ejercer directamente la Enología, y también hubo reencuentros en otras ramas del saber: ingenierías, abogacía, bioquímica, etc.

Cosa sabida es que en la Universidad, las experiencias son diferentes; quizás más personales, no sé bien, pero no es lo mismo que el Secundario, más allá de las evidentes diferencias que son propias de cada uno de los dos niveles educativos. Palabras más, palabras menos, los dichos de Heráclito: “*nadie se baña dos veces en el mismo río*”, se cumplen a rajatabla, y cada uno se va por la vida tal cual, como si nada; como si todo, como si nunca, como si siempre... Ahí va el hombre con las mismas dudas existenciales, sabiendo por dónde va, pero sin saber de dónde vino, ni adónde irá a parar.

Diáspora necesaria y obligatoria decía recién; como la sombra que a cada ser acompaña desde que nace. Hasta que hombre y sombra se unen en el abrazo final, esa fusión por la que ninguno de nosotros tiene especial urgencia de conocer...

Aunque así también, como si nada, varios de los nuestros ya lo hicieron, sin que nos basten palabras de homenaje para cada uno de ellos; a veces sentimos o generamos su presencia, desde las anécdotas, con la impotencia de la nostalgia que tiene mucho de porfía por no querer aceptar su temprana partida: es esa inútil y absurda rebeldía contra la más ineludible de las leyes. Pero somos así; mientras existimos, nos creemos eternos, qué le vamos a hacer... Enhorabuena.

Las “seguras” estadísticas piramidales de deserción, hicieron que egresáramos unos ciento diez alumnos de aquellos ciento veinte; un buen número: el 91,6 %.

Al sexto año del cursado, la estructura edilicia del Liceo Agrícola nos cobijaba en dos aulas: el 6° 1ª y el 6° 2ª, en el patio posterior, subiendo por la escalera: las dos únicas aulas que entre ellas solas, hacían la planta alta de un edificio que –salvo ellas– era de planta baja. Y desde esas dos “altas plataformas” echamos a volar con todas nuestras fuerzas, con todas las alas y sueños posibles.

La vida de cada uno, se encargó de lo que la Vida misma sabe hacer a la perfección: procesar al hombre, esculpir su personalidad, templarle el carácter, la ternura, la tolerancia, la brutalidad y la obstinación; enseñarle a golpes de puño a reclamar y a ceder; a escuchar y hacerse escuchar, en fin, a ganar y a perder... Y los ciento diez adolescentes nos fuimos dando tumbos por cada uno de esos caminos: todos distintos pero semejantes en exigencias, soportando los estigmas del sabio cincel que fue tallando en cada uno lo que hoy definimos como “forma de ser”. Es fácil decir eso, pero vivir nos cuesta la vida, decía el poeta.



Hubo un grupo que pudo armar un viaje luego de egresar del LAE. El itinerario fue: Mza.-B. Aires-Porto Alegre- San Pablo-Santos-Río de Janeiro.

A la izquierda, una parte de ese grupo.

VIII

*Uno vuelve siempre a los viejos
sitios donde amó la vida.
(A. Tejada Gómez)*

Recuerdo que durante los primeros quince años posteriores al egreso (1968), Tommy H. junto a otros amigos, se encargaron de reunir la mayor cantidad de ex-compañeros, como mucho, una vez por año, aunque no fuese más que para comer unos sándwiches.

Como dice Gustave Flaubert en una de sus cartas a Louise Colet: “*no son las perlas las que hacen el collar, es el hilo*”, Tommy H. fue el hilo que juntó las perlas; y el collar se armaba; no se cortaba. Y la idea fue siempre seguir sumando perlas. Era la manera de volver a los “viejos sitios”. ¿Quién sabrá explicarnos por qué no festejamos el 20° aniversario? Pero al cumplir los veinticinco –cual si fuese un desquite- y a los treinta, y a los treinta y cinco, cuarenta, cuarenta y cinco, aquel collar se hizo más largo. Pese a cualquier pronóstico, fue alcanzando cada vez mayor peso específico, a pesar de las arrugas, de los “achaques”, de los anteojos, de los kilos de más y de una mayoritaria calvicie, epidémica, a los que pocos han podido gambetear. Por suerte, la calvicie es una enfermedad, sin posibilidad de “recaída”...

No faltará quien sostenga con toda razón y buen criterio, que en el párrafo anterior he resumido con salvaje herejía treinta y cuatro años, hasta hoy, que estamos a punto de cumplir el cincuentenario de aquel día en que salimos del Colegio. Pero sabrán comprender, que resulta imposible hacer historia con más de un centenar de historias, varias de las cuales, como es lógico y normal, se han perdido junto con sus propietarios: unos cuantos amigos andarán quién sabe por dónde; otros están cerca pero no sería posible ni educado ventilar cada caso; tanto menos reunir toda esa información sin caer en la indiscreción, e incluso en el relato innecesario, muy probablemente tedioso o intrascendente: algo que nos llevaría lejos del eje principal de esta narración.

Así, volviendo a nuestro amigo “el Tiempo”, considero que éste es el principal responsable de este cuento, ... que no es cuento: porque es absolutamente real. Toda historia necesita del Tiempo para poder desenvolverse, desarrollarse; todo individuo precisa su tiempo para poder contar su historia, incluso para hacer la historia de los

otros, si le fuesen precisos los recuerdos, suficiente la memoria y, fundamentalmente, se le prodiguen los datos.

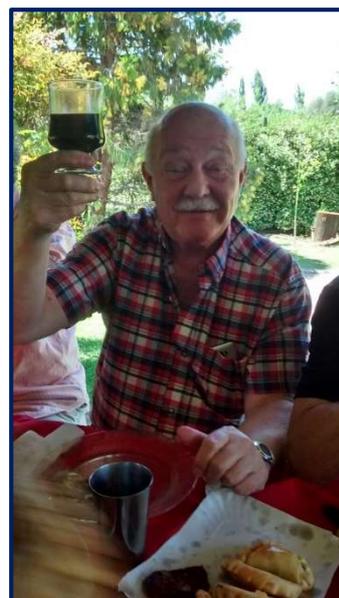
Hoy, transitados los tiempos individuales, durante el mismo tiempo calendario común, llegamos a plasmar en ese Cronos multiverso, retrospectivo y enhorabuena presencial, una excelsa mezcla de tiempos, memorias y des-memorias, cuando junto a la mesa de reuniones, que ya ha adquirido una frecuencia bimestral, nos sentamos, simplemente a charlar; a saborear, entre bocados, tragos y risas, las historias particulares en el contexto de la Común Historia Grande que nos une con una tenacidad jamás imaginada.

Fue en el 40° aniversario cuando por las puertas de la fantasía y la asociación de imágenes, la combinación de nombres, con una tarea similar a la del arqueólogo y una diminuta pincelada de comedia, surgió la composición del vino y los dinosaurios: convinimos en asignarnos una re-denominación: Vino por el vino y saurios por obvias razones, "Vinosaurios". Y los nuevos saurios del vino están vivos, gozando de buena salud, recordando siempre esa publicidad de la TV (blanco y negro) que decía: *"El vino es vida; beba vino, la bebida de los pueblos fuertes"*. Y cuánta razón tenía el slogan, hoy sabemos (Cormillot respalda) que el resveratrol, nos ayuda a vivir más. Por supuesto que lo hacemos como decía Perón: "todo en su medida, y armoniosamente".

Somos una nueva especie: Vinosaurio Menduca, si la taxonomía de Carlos Linneo nos lo permitiera.



Cuando festejamos los 40 pirulos de egresados



Salud, "Gringo" querido ----

IX

Los Vinosaurios *Sursum corda*

El nuevo nombre causó gracia y se arraigó de tal modo que Jorge C. tuvo la lucidez del faro. Con la disponibilidad de las actuales herramientas de comunicación, entre ellas el WhatsApp, creó el grupo con aquel seudónimo. El nuevo hilo del collar comenzó a obtener más y más cuentas hasta las cuarenta y tres que al día de hoy posee. Sin temor al equívoco, sostengo que –potencialmente– el número de convocados tendría que aumentar fácilmente porque no tenemos pistas de algunos erráticos, otros no disponen de un telefonito con aquella función, etc. Pero con un poquito de suerte y “garra” todo es posible.

Mediante el WhatsApp estamos como en el cuento de Franz Kafka: “*Un Paseo Repentino*”, ahora empujado por la virtualidad. En ese cuento, el célebre escritor checo habla de un hombre que una fría noche de lluvia, decide ir a visitar a su amigo, y lo hace, tan sólo para decirle “hola, ¿cómo estás?” Hoy hacemos lo mismo, salvo que, sin salir de casa y de manera instantánea, vencemos las distancias llegando, incluso, al resto del mundo.

«Resto del mundo», dicho desde Mendoza para esta ocasión, es: Buenos Aires, Santa Fe, Rosario, Granada (España), Canadá e Israel (por ahora),...

Y ahí están los Vinosaurios, casi diría, al alcance de la mano, con la ayuda de la tecnología que se ha convertido, para bien o para mal (la cosa es polémica, ciertamente), en un vehículo para hacer ese paseo repentino y llegar a los demás.

Rosita N. y Chichy P. están con todos desde Buenos Aires; Victorio S. en Santa Fe, Raúl A. en Rosario, Luis R. en Granada, España, José Luis G. en Canadá, Jorge Ernesto U. en Israel. Y cuántos más habrá para descubrir y enlazar...

Qué fácil es poner “U” en lugar del apellido completo de Ernesto: recuerdo que varios profesores lo llamaban por el nombre de pila: sencilla manera de eludir la escabrosa tarea de pronunciar todo lo que le sigue a esa “U”.

La etiqueta del vino que “libamos” plácidamente en la celebración de los cuarenta años de egresados, decía: “1968 Vinosaurios 2008”.

A partir de ese momento, la mística que nos venía reuniendo cobró más fuerza, me parece, no por el nominativo, sino porque en esa noche, algo de magia, de sortilegio o de conjunción de voluntad de querer, no sé bien cómo decirlo; una especie de entusiasmo muy coherente, como un LASER, se adueñó de nosotros y nos puso en una maravillosa sintonía que supimos percibir y no dejamos de apreciar y alimentar.

No intento caer en una descripción de tono sensiblero, inoportuno como toda exageración de recursos; que no suene a lágrima de nostalgia melosa ni a una desesperación de geronte que, con alguna artimaña, quiere lucir una jovialidad que no posee. Al contrario de eso, con los años que tengo (que tenemos), entiendo que «*el hombre se pone viejo cuando deja de enamorarse*» (G. García Márquez), de comprometerse en cuerpo y alma con algo por lo que se agarra el metejeón más precioso que pueda imaginarse; ese berretín (si así lo quieren ver) de zambullirse día a día por la vida, es el médium que nos conecta con la juventud y la pujanza espiritual; que nos llena el corazón de esa efervescencia crepitante que sólo sentimos los vinosaurios cuando hacemos implosión en el abrazo real o virtual, con esa fuerza centrípeta preciosamente descontrolada que se siente de corazón a corazón. *Sursum corda*.

Los Anfitriones: Es claro que para nuclear a una veintena de personas, cada mes o dos, contando con la intimidad que requiere esta clase de reuniones, se necesita un espacio apropiado. Poco a poco, cual si fuese una criatura que se va desarrollando, Jorge C. fue el principal responsable de impulsar esta sana costumbre de juntarnos con mayor asiduidad. Primero entre pocos, luego entre más y más, su cálida y espaciosa casa de La Puntilla, fue y es –sin la menor duda- el sitio en el que los sexalecentes vinosaurios nos sentamos a la mesa con mayor frecuencia, a despuntar el vicio de recordar y mantener vivas las historias con interminables acotaciones.

En casa de Jorge C., hay una cancha de bochas



A esta generosidad se sumó Marquitos N. con su casa de “finde” situada en Vistalba, que siempre nos recibió con guirnaldas, globos u otras decoraciones festivas que aludían al milagro vinosáurico.

Y también fue anfitrión Eduardo B. en su cumpleaños número no sé cuánto, y lo fue Roberto “Bobe” F. (gran chef) cuando vino José Luis G. de Canadá, y también Manolo A. abriendo las puertas de su mansión en Chacras de Coria, que también cuenta con pileta para nadar... Si esa breve piscina estaba invicta de zambullidas este verano, dejó de estarlo con mis sucesivas inmersiones, una siesta posterior a un asado a la llama (especialidad de Bobe).



En casa de Manuel A.



En lo de Marcos N.



En casa de Bobe F.



A estos hospitalarios compinches les damos las gracias, además de todo lo expresado, por el trabajo que conlleva el ser dueño de casa, que no es poca cosa.

“Ayer”



Hace un año



(Además del color encuentre las ocho diferencias)

Según reza el Diccionario de la RAE, «Evolución» es la serie de transformaciones que va experimentando la Naturaleza y los seres que la componen. Nos reencontramos, nos abrazamos, ya se dijo, con los cambios propios y grupales, individuales y sociales de los que no podemos escapar. Pero la siembra realizada por las circunstancias de los años sesenta, nuestras emociones de antaño, evidentemente calaron profundo en cada uno de nosotros. Asistimos hoy a una época difícil en Argentina; no puedo ni se debe eludir el comentario del contexto en el que vivimos este presente. Las diferentes ideologías han modelado singularmente el pueblo que formamos; marcas que ha ido trazando el conjunto social con su comportamiento, polémico o plausible, no importa tanto eso aquí. Tránsito, devenir, en fin, la impronta de este tiempo actual.

Esta comunidad Vinosauria que nos animamos a denominar fraternidad, ha sabido congeniar un grupo sólido en el que el respeto por las razas, credos, ideologías es una constante, pese a las diferencias, que las hay porque tienen que estar. Pero más constante aún es la intención de consolidar esta unidad hecha a la manera de la espiga: estampa de solidaridad, de afecto y de generosidad. Jaime Dávalos define al trigo como **“la generosa fuerza de la tierra que cruje en el pan”**.

La figura de la espiga -más nuestra aún es la del racimo prieto, como el de Malbec- nos pone ante esta hermosa manera de comunicarnos y acompañarnos; dando nuestros propios frutos de alegría, regocijos y saudades -como el pan lo es de la espiga y el vino, de las uvas.

Aglomerados en esta ruta por la que vamos transitando los años altos de nuestra vida, con las convicciones que cada uno tiene; con la certidumbre, tan cierta y categórica como un teorema, de que únicamente la muerte nos irá separando con su ritmo. Pero sabiendo también que, a la larga, nos volverá a reunir de la manera que cada uno tenga y quiera imaginarse según su creencia...

Y sabremos retornar silenciosos, en la savia de las viñas, transmutados en vino para volver a chocarnos en las copas de la fiesta...

***“Quisiera dejar mis huesos bajo cielo mendocino;
que mi sangre y mis cenizas vuelvan camino del vino”***

(De Horacio G.)

***“Por eso nunca se supo, y nunca se sabrá
dónde terminan los caminos y donde comienzan las vidalas”...***

(De Don Ata)

***** FIN *****

Mendoza, 10 de octubre de 2018

Preparó: Eduardo S. S.

Corrección, revisión y sugerencias valiosas de Roberto S. (¡Gracias Roberto!).

Las fotografías en blanco y negro (o puestas en sepia) más antiguas, están gracias al aporte de Alejandro “Caco” O. (¡Gracias Ale!) y de Victorio S. (¡Gracias Victorio!).